



Tiros en la cara

El delincuente
violento
de origen
popular

Alejandro Moreno · Alexander Campos
Mirla Pérez · William Rodríguez

Alejandro Moreno

Religioso salesiano y sacerdote, licenciado en Psicología y doctor en Ciencias Sociales. Profesor titular jubilado de la Universidad de Carabobo (Venezuela) y director del Centro de Investigaciones Populares (CIP). Autor de numerosos artículos y libros, entre ellos: *Historia-de-vida de Felicia Valera*, *El aro y la trama*, *Y salimos a matar gente* y *Buscando padre*.



Alexander Campos

Licenciado en Educación mención Filosofía por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB, Venezuela). Subdirector del CIP y profesor de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Coautor de *Historia-de-vida de Felicia Valera*, *Y salimos a matar gente* y *Buscando padre*.



Mirla Pérez

Trabajadora social por la UCV y cursante del doctorado en Ciencias Sociales de la misma universidad. Profesora con cargo de agregada en la UCV e investigadora en el área social y humanística: "Arqueología y genealogía del mundo de vida popular venezolano, a través del estudio cultural de un pueblo: La Cañada, estado Zulia".



William Rodríguez

Licenciado en Educación, mención Filosofía (*summa cum laude*) y estudiante del doctorado en Humanidades de la UCV. Investigador del CIP y profesor de la UCV, la UCAB y del Instituto Salesiano Padre Ojeda (Venezuela). Autor de *Filosofía de la educación* y coautor de *Historia-de-vida de Felicia Valera*, *Y salimos a matar gente* y *Buscando padre*.



Ediciones  **IESA**

TIROS
EN LA
CARA

El delincuente
violento de origen
popular

Alejandro Moreno
Alexander Campos

Mirla Pérez
William Rodríguez

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de AseMaster.

El Instituto de Estudios Superiores de Administración mantiene una política imparcial con respecto a cuestiones de políticas públicas, con el fin de garantizar la libertad intelectual de sus investigadores. Por consiguiente, las interpretaciones o conclusiones contenidas en las publicaciones de Ediciones IESA deben atribuirse a sus autores, y no al Instituto, a sus directivos, a su personal académico o a las instituciones que apoyan sus proyectos de investigación.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por medio alguno, sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso escrito previo del editor.

Derechos exclusivos

Primera edición, 2008

© IESA

Colección «San Bernardino»

Hecho el depósito de ley

Depósito legal: If23920083011239

ISBN: 978-980-217-332-7

Ediciones IESA

Av. IESA, Edif. IESA, San Bernardino.

Apartado postal 1640, Caracas, Venezuela.

Teléfonos: +58(212)5554263 / 5554449

Fax: +58(212)5554445

ediesa@iesa.edu.ve

Producción editorial: Ediciones IESA

Edición del «Epílogo»: José Malavé

Diseño y diagramación: S&SDiseñoGráfico

Fotografía de la cubierta: S&SDiseñoGráfico

Impresión: Editorial Arte, S.A.

Tiros en la cara. El delincuente violento de origen popular / Alejandro Moreno [et al.]
Caracas: Ediciones IESA, 2008.

296 páginas

ISBN: 978-980-217-332-7

1. Violencia--Investigación--Venezuela.
2. Delincuencia --Aspectos sociales--Venezuela.
3. Trabajo social con delincuentes y criminales--Venezuela. I. Moreno, Alejandro.

HM 283

364.2

CONTENIDO

Prólogo 7

Introducción 13

José Pérez, un señor muy serio

23

La voz de José 101

El manuscrito de José 124

Alfredo Rodríguez, el faramallero

133

Héctor Blanco, el que salió a matar

211

Epílogo 235

Ser malandro es una forma de vida

Afirmación ilimitada del yo 240

El poder por encima de todo como valor supremo 243

Yo nunca le hice caso a nadie 244

Lo primero que se me pasó por la mente 245

Presente continuo delincencial 246

Fuera de toda norma 247

En la vía 250

Los otros para mi provecho 253

La banda 254

Vivir al margen de la familia 257

Ser siempre el protagonista 259

Gastar, regalar, dilapidar 261

¿Pobres? 262

¿Trabajar yo? 266

Las formas antigua, media y nueva de la violencia 268

La violencia delincencial se vuelve autónoma 274

No querer a nadie 275

Todos tienen que ser buenos menos yo 278

La droga daña la mente 279

¿Cómo pensar la delincuencia violenta de hoy? 281

La comunidad y sus malandros 282

¿Cómo se forma un delincuente violento? 283

¿Se puede salir de esto? 284

El que no fue 289

Los derechos humanos 290

Ventana entornada 293

PRÓLOGO

Tiros en la cara es un título amarillista, lo que sorprende en una obra producto de los estudios del Centro de Investigaciones Populares, que dirige Alejandro Moreno, y, además, publicada por el IESA. El título de este libro es amarillista porque la realidad venezolana es amarillista. La conversación cotidiana de los venezolanos irremediablemente está cada vez más ocupada por lo que la prensa llama sucesos: accidentes, asaltos, robos, secuestros, asesinatos. Y, definitivamente, esta publicación ha sido concebida para participar en esa conversación.

Pero la frase «tiros en la cara» no fue inventada ni por los autores ni por quienes editaron este libro. Fue tomada de la boca de uno de los malandros violentos cuya historia de vida se presenta en estas páginas. Exactamente, el malandro contó:

El primer homicidio mío lo tuve el seis de... el seis de noviembre. El veintisiete no... el veintisiete de diciembre tuve otro, estábamos... varios muchachos en un sector que se llamaba... de la Vega, que es la capilla, este... ellos me habían dicho que si yo tenía problema con un fulano, entonces yo le dije que sí, me dijo que estaba al frente, traqué la pistola, fui hacia él y... este... le dije unas palabras y le di nueve tiros en la cara.

Nueve tiros en la cara. Así, sin más consideraciones, sin sentir la necesidad de razonar o justificar la acción y, mucho menos, de expresar sentimientos. Tanto es así que en la memoria uno recompone la frase para recordarla como: «le di unos tiros en la cara, ¿y qué?». Y tal recomposición en modo alguno distorsiona lo que el malandro dijo. Se trata de una especie de cierre gestáltico guiado por la investigación que sustenta este libro.

Este es un libro duro. Duro por el tema, duro por el método de las historias de vida, típico de las investigaciones antropológicas del Centro de Investigaciones Populares. Esas historias, como las tratan Moreno y sus colaboradores, captan la complejidad de una sociedad y una cultura, tal como la viven las personas —malandros,

en este caso— y su manera de contar lo que les ha ocurrido. Esas historias son recogidas sin distorsión editorial alguna, con el mismo lenguaje, la misma sintaxis y hasta las mismas vacilaciones de quienes las narran a alguien en quien tienen alguna confianza, que apenas interviene en fugaces ocasiones como discreto partero de la historia. Bien argumentan los autores que bastaría una historia de vida debidamente investigada para reflejar lo que una sociedad es en una etapa de su historia.

Este texto golpea a los lectores no sólo porque nos abofetea con las vivencias de seres humanos que sufren el drama humano de ser delincuentes, sino también porque inmediatamente nos percatamos de que esas personas, como delincuentes violentos, fueron paridas por la sociedad a la que también nosotros pertenecemos y hemos contribuido a forjar. Cobramos conciencia de que la realidad de esos delincuentes es parte integral de un sistema social y una cultura que todos, de alguna manera, hemos construido. Esos malandros son parte de nuestro mundo aunque no vivamos en el mismo vecindario donde ellos viven. A ellos nos referimos con alarma y miedo cuando hablamos de la inseguridad personal, único problema grave que compartimos los habitantes de las grandes ciudades del país, independientemente del estrato social al que pertenecemos.

Lejos están los días cuando, por simple curiosidad, leíamos las páginas rojas que hablaban de delincuentes peligrosos que habían herido o asesinado a algún vecino de un barrio pobre. «Cosa de barrios marginales», decíamos con cierto tono de lástima por las penurias que la gente pobre debe sufrir. Poco a poco, las cifras de muertes violentas fueron creciendo. Progresivamente también quienes pertenecemos a los estratos sociales medios o altos comenzamos a ser víctimas de la delincuencia violenta. En 2007 hubo más de 9.500 muertes violentas. Ya no se trata de simples robos, ni siquiera de asaltos a mano armada, sino de asesinatos. Nos hemos dado cuenta de que, en muchos casos, los asesinatos no tienen sentido o explicación lógica —al menos en nuestra «lógica»— porque, por ejemplo, la víctima no opone resistencia. Así, el miedo, que hace tiempo se apoderó de los barrios pobres, también atrapó otros sectores de la sociedad venezolana y hoy impregna la vida de todos. De este modo los malandros se convirtieron en actores centrales en el drama de la inseguridad personal.

Por ser los malandros un problema de todos, a todos nos interesa entender su origen. Y por ser la delincuencia violenta un mal que todos sufrimos, pululan las explicaciones para dar cuenta de él. Dos razonamientos predominan en esas explicaciones: uno que centra el diagnóstico en la pobreza, y otro, no excluyente de éste, que enfatiza la debilidad del Estado para identificar y controlar a los delincuentes.

El primer razonamiento conduce directamente a la conclusión de que si el país se desarrolla económicamente, tenderá a desaparecer la pobreza y, con ella, la delincuencia. El segundo razonamiento, por su parte, nos orienta hacia la noción de que si el Estado se toma más eficaz en el desempeño de sus funciones represivas, los delincuentes serán efectivamente controlados.

No voy a argumentar aquí contra esas dos líneas de pensamiento. Sin duda, alguna incidencia debe tener el crecimiento del empleo, del nivel de vida de los ciudadanos, de una mejor educación de la población, y otros beneficios que pueden derivarse del desarrollo económico, en la disminución de la delincuencia. De igual manera, una represión policial más efectiva de algo servirá para contener las acciones de los delincuentes. Sin embargo, del trabajo de Moreno y sus colaboradores se deriva, con claridad, la advertencia de que debemos ser cautos y no sobreestimar lo que el bienestar económico y la eficacia policial pueden hacer para atacar la raíz de la delincuencia violenta que se manifiesta en la sociedad popular venezolana.

En efecto, el lector de esta obra encontrará que todos los delincuentes violentos analizados provienen de familias carentes de la atención y el afecto que la cultura le asigna a la figura materna. Esta figura no tiene que ser asumida, necesariamente, por la madre biológica; también puede ser una abuela, una tía, una madrina, con tal de que el niño o el joven se sienta atendido y querido. Es más, se observa que son los delincuentes más jóvenes quienes llegan a asesinar por asesinar, sin que matar a alguien tenga que ver con un enfrentamiento violento, o algo parecido que lo explique. Es como si una conducta perversa hubiera cobrado vida propia, fuerza propia como expresión social. Ya no se trata de quitarle la vida a alguien para sobrevivir —comer, por ejemplo— o vivir mejor —tener un par de zapatos de marca, por ejemplo—. Ante tal fenómeno, disponer de más dinero en el núcleo familiar tendría efectos muy limitados en lo que a la reducción de la delincuencia violenta se refiere.

Cosa similar podría decirse con una mayor intervención del Estado. Impacta el caso de un muchacho que, a temprana edad, fue abandonado por su madre, pero que, afortunadamente, recibió afecto de funcionarios que trabajaban en las organizaciones donde estuvo internado. Ese trato fue excepcional porque el que reciben otros en situación similar no es el del afecto capaz de llenar el vacío de la madre. Por lo demás, en las prisiones el trato despiadado, carente de toda compasión, e injusto refuerza la conducta violenta del delincuente. Si va a intervenir el mismo Estado que propicia la violencia, las cosas empeorarán.

Pero aclaremos que lo dicho sobre el crecimiento y el papel del Estado no significa en modo alguno que nada se pueda hacer. Por el contrario, la investigación

reportada en esta obra sugiere que mucho se puede lograr si se toma en consideración la realidad de la familia popular venezolana. En este sentido, aunque le parezca extraño al lector, hay que señalar que cuando se habla de estructuras familiares que generan delincuentes violentos, estamos hablando, a fin de cuentas, de pocos casos. El número de malandros en un barrio es sorprendentemente pequeño como reporta cualquier persona que conozca la realidad de las zonas populares urbanas. Claro, un pequeño número de ellos basta para causar daño y miedo. Podemos, entonces, con sobradas razones, plantear la hipótesis de que la cantidad de malandros todavía es pequeña gracias al esfuerzo de las familias populares, en buena parte encabezadas por mujeres sin pareja estable. Si es así, una política social agresiva debería tener como objetivo primordial el apoyo a las mujeres de los sectores populares, en especial a las madres. Con ello en mente, podría concebirse como eje de esa política un programa de vivienda que provea de techo a las familias pobres. Es lo menos que un Estado puede hacer por las mujeres que luchan, casi siempre solas, para levantar sus familias inculcándoles a sus hijos valores fundamentales, aunque la gente distante de la población de menos ingresos no se percate de ello. De acuerdo con esta concepción, la vivienda no sería un elemento más de la política social sino la prioridad más alta y centro articulador de toda esa política.

En todo caso, sea cual sea la visión que se tenga del problema de seguridad, de la delincuencia, de los malandros, hay que partir de la realidad, de sus complejidades en sus manifestaciones concretas y no de promedios estadísticos engañosos o apreciaciones distantes, sesgadas por visiones estereotipadas disfrazadas de objetividad científica. Este nuevo libro del Centro de Investigaciones Populares es un ejemplo de lo que se necesita. Se trata de una obra imprescindible no sólo para entender el fenómeno de la delincuencia violenta sino también unas cuantas aristas fundamentales de la sociedad a la que pertenecemos. Sus aportes son indudables, y no nos sorprenden a quienes desde hace años seguimos muy de cerca las investigaciones invaluable de Alejandro Moreno y su gente para la comprensión de la vasta sociedad popular venezolana.

Ramón Piñango

INTRODUCCIÓN

De qué se trata

Este libro es producto de una investigación sobre el delincuente violento de origen popular, esto es, sobre malandros. Un libro con todos los resultados de esa investigación fue publicado, en dos volúmenes, por la Universidad del Zulia con el título de *Y salimos a matar gente* (2007). A él pueden recurrir los lectores que deseen conocer todos los casos estudiados y los detalles teóricos y metodológicos que orientaron el estudio. En las páginas que siguen se presentan tres casos que pueden ser de particular interés para el público en general preocupado por el fenómeno de la violencia en Venezuela.

La investigación referida forma parte de un proyecto mucho más amplio que el Centro de Investigaciones Populares (CIP) desarrolla desde hace veinticinco años con el propósito de comprender el mundo-de-vida popular venezolano. En este esfuerzo hemos abordado, en primer lugar, el estudio de la familia popular venezolana y, en ella, el sistema de significados que explican la manera de vivir y de vivirse la mujer y el hombre venezolanos en su cotidianidad. Una vez desarrollados estos conocimientos sobre nuestra realidad humana, nos abocamos a incursionar en algunos aspectos más particulares y específicos de la misma. En varias tesis de maestría y doctorado, dirigidas por el personal del CIP, se han enfocado, entre muchos otros, temas como la educación, la orientación psicológica y educativa, el estudio de los valores y la religiosidad.

En este contexto, se destaca como fenómeno específico e inquietante, la violencia delincuencial en los sectores populares: ¿cómo puede ser comprendido el delincuente violento popular a partir de las bases ya puestas por nosotros en los trabajos mencionados? Esta es la interrogante que motivó la investigación de la cual se deriva esta publicación.

De qué violencia hablamos

¿Qué queremos decir cuando hablamos de **violencia delincuencial**? La Organización Mundial de la Salud ha definido la violencia en general como «el uso intencional de la fuerza o el poder físico, de hecho o como amenaza, contra uno mismo, otra persona o un grupo o una comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones». Nuestro

estudio se ha centrado específicamente en la violencia no fortuita, intencionada por tanto, física, hasta el extremo de producir la muerte, y no justificada —en defensa propia, por ejemplo— y por ende, delictiva. Eso es lo que llamamos violencia delincuencial.

De dicha violencia, nos hemos centrado en el sujeto activo de la misma, o sea, en el delincuente violento, entendido como una persona que «ejerce violencia»; esto es, que la practica o la pone en práctica y, en particular, el **delincuente violento popular**, el que proviene de ambientes populares venezolanos.

Las historias de vida, eje de nuestro método

La violencia delincuencial en Venezuela ha sido objeto de numerosas investigaciones e intercambios de ideas entre los científicos sociales, los políticos, los religiosos y la población en general justamente preocupada por su aumento, difusión y peligrosidad. El tema de estudios y reflexiones ha girado sobre todo en torno a los aspectos cuantitativos y estadísticos del fenómeno y a las explicaciones de tipo psicológico, sociológico, antropológico, criminalístico y también multidisciplinario, a partir de teorías asumidas como válidas, aunque generalmente han sido elaboradas en otras latitudes y no sobre las bases de estudios en torno al **modo de ser y de vivir** específicamente venezolanos.

Sin descalificar esos trabajos e investigaciones, nos ha parecido que un estudio cualitativo del fenómeno en sujetos populares venezolanos, más allá y distinto de los enfoques cuantitativos y descriptivos, era muy necesario pues sólo desde un conocimiento profundo del mismo se puede pensar en la posibilidad de elaborar políticas preventivas y correctivas ajustadas a nuestra realidad.

Comprender el fenómeno a partir de la implicación de los investigadores en esa realidad —todos vivimos en barrios populares— constituye un componente esencial de nuestro método. De esta manera podemos delinear los rasgos fundamentales de esa violencia, tal como es vivida en el mundo-de-vida popular venezolano. Así iluminamos un aspecto de la vida de nuestro pueblo que hasta ahora no había sido abordado.

El estudio se ha realizado sobre la base de historias-de-vida de malandros que lo han sido y lo siguen siendo, o que lo han sido hasta su muerte como ha sucedido con uno de ellos asesinado poco antes de concluir este trabajo¹.

El lector va a encontrar primero tres historias-de-vida: la de José, la de Alfredo y la de Héctor. ¿En qué consiste una historia-de-vida? Consiste, esencialmente y sin mucho detalle, en el encuentro entre dos personas, el investigador, al que nosotros llamamos **cohistoriador**, y otra persona, a la cual llamamos **historiador**, que esté dispuesta a contarle a la primera, ante un grabador, toda su vida, desde cuando recuerde, en forma totalmente libre; puede empezar por donde le parezca, seguir el orden que se le ocurra y terminar cuando y en la forma que considere oportunos.

Completar toda la historia puede exigir varios encuentros o entrevistas y en distintos momentos. Todo se transcribe de la manera más exacta posible, chequeando con el historiador, si se puede, dicha transcripción. Una vez elaborado el texto escrito —transcrito— de la historia, se estudia en sus contenidos y significados. El estudio lo hacemos en grupo todos los investigadores implicados, y cuando las características del historiador lo permiten éste se incluye en el grupo. Con los malandros esto no ha sido posible pues uno ya había muerto, otro estaba retenido y el otro desaparecía cuando menos lo esperábamos.

Una historia-de-vida no comienza cuando se empieza a grabar su narración sino mucho antes, en lo que conocemos como su «pre-historia»; esto es, el tiempo en que se establece la relación del investigador-cohistoriador no sólo con el historiador que cuenta su vida, sino también, y en igualdad de importancia, con el mundo-de-vida al que pertenece el historiador mismo. Este tiempo, caracterizado por el vivir integral —que llamamos «in-vivencia»— del investigador en dicho mundo-de-vida en convivencia con el historiador y los convivientes de ese mundo, cumple dos funciones indispensables: la primera, que la historia se produzca, como narración, en una relación profunda de confianza entre ambos, y, la segunda, que el investigador, como cohistoriador, aprehenda por vivencia las perspectivas, los valores y la manera de conocer la realidad que

¹ Las personas interesadas en las particularidades de las historias-de-vida como método pueden encontrar una amplia exposición en la obra *Y salimos a matar gente*. Aquí describiremos sólo lo que hemos hecho para que el lector cuente con una orientación.

son propias del ambiente vivido por el historiador. De esta manera se crean las condiciones para que un mundo-de-vida (sociedad, comunidad, cultura) pueda ser conocido realmente desde dentro y no desde teorías y posturas externas que muchas veces falsean, sin que el investigador se percate, la manera de interpretar lo que la historia-de-vida aporta.

Puesto que nuestra investigación parte de la convivencia en el mismo ambiente de historiador y cohistoriador, a este tipo de investigación lo llamamos «investigación convivida». Como ya hemos indicado, los investigadores en este caso vivimos todos en barrios o urbanizaciones populares de Caracas y Los Teques.

En condiciones ideales, la pre-historia ha de tener una larga duración de convivencia entre historiador y cohistoriador. No significa ello que deben habitar en la misma casa, pero sí que su relación personal de tú a tú sea frecuente y en el plano de la cotidianidad. Sin embargo, en casos como el de esta investigación eso no resulta siempre fácil; ni siquiera posible, dadas las condiciones de reclusión de muchos de los historiadores o de trashumancia por su propio tipo de vida.

Lo realmente indispensable es la pre-historia en cuanto invivencia y convivencia del investigador (cohistoriador) en y con el mundo-de-vida popular al que pertenecen los historiadores, pues es eso lo que permite acceder a las claves de interpretación y a los significados fundamentales sobre los cuales discurre la vida de las personas cuya historia-de-vida se elabora.

El acercamiento entre historiador y cohistoriador se ha logrado en unos casos, como el de Alfredo, mediante la convivencia en el mismo edificio popular por largos años, e, incluso, por haber compartido actividades en la infancia y haber mantenido contactos de vecindad.

Aunque una sola historia-de-vida es suficiente para conocer una sociedad, una comunidad, un grupo humano, si comparte una misma cultura y un mismo mundo-de-vida, decidimos desde el principio trabajar con quince de ellas, dada la escasa tradición en el uso del método en nuestro medio.

Los hechos nos han confirmado que **en una sola historia-de-vida están presentes los significados propios del delincuente violento en cuanto «tipo real»**. Si, por ejemplo, se toma como referencia central la historia-de-vida de Alfredo, se verá que las demás historias de su grupo no añaden nada significativo a lo ya encontrado en lo que él ha narrado.

Las diferencias están en la manera personal de vivir la estructura común en cada sujeto. Hemos subrayado las palabras «su grupo» porque, en efecto, hay diferencias fundamentales en dos tipos totalmente distintos de los que inicialmente calificamos como «delincuentes violentos»: los delincuentes violentos propiamente dichos, o **estructurales**, y los delincuentes violentos no estructurales o **accidentales**.

Las tres historias que aquí hemos incluido pertenecen todas al grupo de los violentos estructurales. Entre esas historias se da otro tipo de diferencias no tan radicales pero sí importantes, como son las diferencias de tiempo; esto es, según la época en la que cada persona se formó como delincuente violento. Así tenemos: el grupo de los **viejos**, el de los **intermedios** y el de los **nuevos**. Al primero pertenece José, al segundo Alfredo y a los más jóvenes Héctor.

El estudio de las quince historias-de-vida de delincuentes violentos populares, de las que estas tres son una muestra ejemplar, se nos ha mostrado mucho más rico de lo que pensábamos. Además de delinear-nos la vida del delincuente como una verdadera y propia forma-de-vida, con todo su sistema de significados organizados en torno a un centro unificador específico, y de desvelarnos algunas diversidades importantes de grupos y subgrupos, como hemos ya señalado, nos ha abierto al conocimiento del mundo que rodea al delincuente violento en el que éste vive: el de los distintos cuerpos policiales, el de la administración de justicia, el de las cárceles, el de los derechos humanos, el de la droga, el de la violencia con los niños en la familia. Sobre todos estos temas las historias-de-vida nos aportan contenidos muy significativos.

Es importante tener presente que, por razones de la debida confidencialidad, en la transcripción de las historias-de-vida, se han cambiado todos los nombres de personas y lugares fácilmente reconocibles; sólo se dejaron los mismos nombres para las ciudades o pueblos grandes, pero se cambiaron los de aldeas, haciendas, pequeñas poblaciones y barrios, para que no pudieran ser identificadas las personas o acontecimientos delictivos en los que estuvieran implicados las personas cuyas vidas hemos estudiado.

Nuestros sujetos

Presentemos brevemente las tres personas y sus historias.

José Pérez

En el momento de elaborar su historia-de-vida José tiene sesenta y cinco años. De él tenemos tres textos. El último de ellos, «El manuscrito de José», fue, en realidad, el primero. Fue escrito por él mismo y obedece a su proyecto, por largo tiempo acariciado, de llevar su vida a publicación, ya en forma de testimonio, ya en forma de novela, si encontraba alguien que se la pusiera en buen castellano y la llevara a la imprenta. Este interés facilitó el encuentro con el cohistoriador, Alejandro Moreno, a quien desde un principio entregó el texto en unos papeles escritos con buena letra y muy mala ortografía.

El primer texto es el segundo en el tiempo. Alejandro Moreno no quiso leer el último texto antes de elaborar con José la historia-de-vida verbalmente, para que ésta fluyera por sí misma. Este primero es producto de cuatro sesiones de dos horas cada una y quedó sin rematar, aunque lo principal ya se había concluido, porque José elaboró por su cuenta el segundo texto («La voz de José»), entregó lo que tenía hecho, un cassette de una hora, y no regresó. Este segundo fue grabado, pues, por José individualmente, fuera de entrevista, teniendo siempre presente al cohistoriador como interlocutor imaginario, porque a él se refiere con frecuencia. En él completó detalles de lo narrado en el primer texto, ante todo muchos asesinatos que no había contado cara a cara con el cohistoriador. No narró en aislamiento, narró en relación.

Alfredo Rodríguez

La historia se elaboró entre Alfredo como historiador (H) y William Rodríguez, investigador del CIP, conocido y compañero de él desde la infancia, como cohistoriador (CH). Se desarrolló en nueve sesiones cortas e interrumpidas por períodos variables entre una y otra. En efecto, a veces no se lo lograba encontrar al sujeto, dada su movilidad, otras no había dormido en toda la noche y se frustraba la entrevista programada. Alguna vez, no estaba en condiciones de hablar coherentemente por efectos de la droga. Muchas eran las circunstancias que hacían difícil

el trabajo, incluyendo su necesidad de esconderse por temor a alguna agresión, o la simple negativa sin justificación. La historia no se cierra por completo porque, antes de terminarla, Alfredo es asesinado, de nueve puñaladas, a la puerta de su casa en enero de 2005. Contaba treinta y ocho años de edad. De todos modos, lo fundamental de la historia ya había sido completado.

Héctor Blanco

Héctor es un joven que, en el momento de narrar su historia-de-vida, no había cumplido aún los dieciocho años, aunque está próximo a cumplirlos, razón por la cual se hallaba retenido en un centro del INAM y no en la cárcel. Dicho centro es el local donde se produjo su encuentro con la cohistoriadora Mirla Pérez, investigadora del CIP. En estas circunstancias, para él era muy importante presentar una imagen de persona corregida de sus conductas anteriores y dispuesta a emprender una nueva vida adaptada a la sociedad. El encuentro con la investigadora, como las entrevistas con los psicólogos, los trabajadores sociales y los educadores —según él pensaba— debía concluir con un informe que formará parte de la evaluación sobre la cual se tomarán decisiones para su futuro, lo cual, en este caso concreto, no era cierto.

La historia, por ende, está contada, en los primeros momentos, como para dar una impresión de aceptación de sus delitos, de sinceridad, pero también para despertar la comprensión y compasión de los supuestos evaluadores, presentándose como víctima del desamor de su familia y de las malas influencias de los otros.

Los análisis realizados hasta ahora son amplios; sin embargo, están lejos de haber agotado lo que las historias de vida pueden dar. Una historia-de-vida es vastísima en su riqueza de contenidos, de modo que la investigación que sobre ella se hace puede siempre ser retomada, ampliada y profundizada. Nos hemos atenido, en nuestro caso, a lo que las historias nos han presentado como más relevante en relación con el delincuente violento popular, conscientes de que la investigación sigue abierta, no sólo para nosotros sino también para cualquier otro que quisiera trabajar sobre estos mismos textos, y no sólo para estudiar el tema de la violencia delincencial sino también muchos otros temas.

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2008,
en los talleres gráficos de Editorial Arte, S.A.,
ubicados en la calle Milán, edificio Editorial Arte,
Los Ruices Sur, Caracas, Venezuela.

Se empleó papel Hansamate 60 gramos y tipos
Minion Pro 12 puntos, Nimbus Sans Novus D light
9 y 10 puntos; Nimbus Sans D regular 9 y 10 puntos;
Helvética Neue 33 Thin Extended 12 y 15 puntos.

Se imprimieron 2.000 ejemplares.

Teléfono: 0212-257-1507
Correo electrónico: graficas@solgra.com



Colección
San Bernardino

La colección «San Bernardino» está dirigida al lector interesado en disciplinas tan amplias y diversas como la historia, la economía, la sociología, la antropología, la psicología o la literatura, entre otras, presentadas en forma de ensayos, estudios o análisis. En ella se ofrecen interpretaciones que ayudan tanto al lector común como al especializado a obtener herramientas complementarias para la comprensión de nuestra realidad.

Otro título de esta colección

Itinerario por la Economía Política

Asdrúbal Baptista

Tiros en la cara

El delincuente violento de origen popular

Este libro es un estudio metodológicamente novedoso, en el que tres delincuentes de edades y épocas distintas cuentan su historia-de-vida. De ella se desprende un análisis de cómo se forma un delincuente en Venezuela. Las reglas han cambiado, mientras el Estado, en materia de políticas públicas, sigue actuando con la misma lógica sobre una realidad que cada día es más cruenta. El delincuente también ha cambiado y las causas sociales generadoras de un entorno violento se han profundizado.

Esta obra está enmarcada dentro de un proyecto mucho más amplio que el Centro de Investigaciones Populares (CIP) viene desarrollando sobre el mundo-de-vida de la familia popular venezolana y el sistema de significados que explican su manera de vivir y su cotidianidad.

Es un libro fundamental para comprender el fenómeno de la violencia en el país.

ISBN 978-980-217-332-7



9 789802 173327


Colección
San Bernardino

J-00067547-3



AseMaster
Egresados IESA

J-30335187-5